

# CASA GRANDE

POR

Emilio Vaisse

---

(Omer Emeth)

I

## ESTUDIO SOBRE ALGUNOS TIPOS Y ALGUNAS IDEAS DE LA NOVELA DE LUIS ORREGO LUCO.

En su libro sobre Taine, M. André Chevillon cita esta frase del gran filósofo y crítico francés: «Entre nuestros escritores sólo uno posee facultad creadora. En sus libros los caracteres brotan y se desarrollan por sí solos. Es Maupassant, cuyas dotes creadoras son superiores a las de Flaubert».

Leyendo *Casa Grande*, la última obra del novelista chileno L. Orrego Luco, y comparándola mentalmente con otras de igual «nacionalidad», volvíame a la memoria la frase de Taine, y más de una vez, en presencia de los caracteres que brotan en *Casa Grande* y se desarrollan por sí solos (o con un mínimum de esfuerzo), dije: «Es Maupassant...»

Y, en efecto,

*Si parva licet componere magnis;*

sí, como decía el poeta romano, es lícito comparar autores desiguales, no creo que pueda negáreme el derecho de establecer una visible analogía entre el inmortal escritor francés y el distinguido escritor chileno.

Quien haya leído *Fort comme la Mort* o recuerde esos tipos inefables que «viven» en los cuentos del maestro, no podrá negar al creador del «Senador» Peñalver, del corredor y agente de negocios Vanard, del reverendo «señor Correa», cierto parentesco (que mucho le honra y mucho más promete) con Maupassant.

Alguien dirá tal vez que el «Senador» existe aún y «vive siempre sobre el país». Que Vanard vivía hace dos o tres años

en esta ciudad, y que el «Señor Correa» es de lo más vivo y conocido de esta capital, «en que todos nos conocemos...». Orrego Luco no es creador: es fotógrafo...

Sí, pero lo es como Maupassant que «creó» sus caracteres copiándolos del natural, de tal suerte que hoy, al pie de cada retrato y en el margen de cada cuento, se puede escribir con perfecta seguridad nombres propios, fechas exactas y todos los pormenores históricos y geográficos de la realidad allí pintada para siempre.

Es que la fotografía del «Senador» no es retrato vulgar, tomado, desarrollado y retocado según recetas al alcance de todos los aficionados; «es una de esas pinturas que nos dan, de la vida, una visión más completa, conmovedora y probante que la realidad misma».

De estas «fotografías» Maupassant, en su prefacio de *Pierre et Paul*, nos da la fórmula y, por haberla aplicado con éxito en su novela, merece Orrego Luco que le llamemos «creador de Correa, Vanard y Peñalver».

Pero aquí cesa la analogía entre él y Maupassant. Mientras éste, en efecto, guarda sus mejores pinceladas para los verdaderos protagonistas de sus cuentos y novelas, y se contenta con esbozar los figurones y comparsas de segunda fila, el novelista chileno hace todo lo contrario.

En *Casa Grande*, por más que el señor Orrego Luco acumule pormenores y menudee adjetivos, los dos «héroes», Gabriela Sandoval y Angel Heredia, no llegan nunca a imponérsenos con la fuerza de los tres tipos secundarios que acabamos de nombrar. Viven, sí; viven enérgica y dolorosamente; pero su vida se siente sin que la veamos y toquemos como tocamos y vemos la de Peñalver.

Vuelvo siempre a este «vividor»... que es de todos los personajes de *Casa Grande* el más vivo en todos los sentidos de esta palabra.

Los demás, principiando por Angel y Gabriela y siguiendo con Magda, Sanders, Aguirre, etc., etc., hablan, juegan, comen, beben, aman y mueren sin dar a esas manifestaciones de vida otro «cachet» (como diría Sanders) que el de la elegancia «casagrandeña», vulgar por lo común en cierta clase social.

No exceptúo ni al solemne don Leonidas Sandoval, cuya mejor obra en dos tomos fué sin duda ese «par de palmitos»

de sus hijas Gabriela y Magda, y no su gran discurso para disuadir a la primera de sus veleidades matrimoniales y prevenirla en contra de Angel Heredia.

Por más que nada de esto diga el novelista, es seguro que Sanders, recién llegado de París, le califica de «raseur» y que Peñalver sabía a qué atenerse sobre el «economista» paterfamilias.

«¿Economista él, Leonidas? Vamos, en Chile todos se creen economistas y hombres públicos en cuanto llegan a engordar media docena de vacas en un potrero alfalfado. ¡Y qué respeto manifiestan esos imbéciles por el dinero! ¡Si es cosa de morirse de risa! Esos estadistas que, según asegura Marcial, apenas si llegan a estadísticos...».

Razón tienen Marcial... y Peñalver... Don Leonidas no vale sino en proporción de su dinero y en hora oportuna desaparece de la escena.

De los demás el que posee una filosofía de la vida es mi «Senador»; una filosofía clara aunque profunda; no muy noble, por cierto, en algunas ocasiones; pero siempre práctica y amoldada a la realidad.

«Vivir peligrosamente» decía Nietzsche; «vivir sobre el país», dice Peñalver; he aquí su doctrina cristalizada en una fórmula.

«Era el «Senador Peñalver» un personaje simpático, interesante y en extremo curioso... Por familia, pertenecía a una de antiguo y honrado abolengo... , era, con todo, aventurero y sin profesión, ni fortuna, ni medios conocidos de existencia, ni recurso de alguna especie... ¿Cómo vivía, cuáles era sus recursos? La gente muchas veces se lo había preguntado, sin alcanzar ni asomos de respuesta. Lo más atinado era lo que había dicho un día Magda: Ese es un misterio—que el mundo para siempre ignorará... Lo cierto es que no daba sablazos, no pedía prestado, ni jugaba en el Club, ni cometía el más leve acto de indelicadeza. Tampoco desempeñaba puesto público ni privado. «Yo realizo el ideal de la economía política, solía exclamar con su voz agradable de barítono cantante; vivo lo mejor posible y con el mínimo de esfuerzo... vivo «sobre el país»... (T. I. Págs. 55-56). No puede negársele al Senador el título de filósofo, y todo el resto de la novela lo demuestra... Tan profundo economista como psicólogo, Pe-

ñalver no es, sin embargo, de los que se paran en pelillos cuando se trata de moral. Si hemos de creer lo que nos cuenta de él nuestro novelista, el «aventurero» profesaba teorías algo «aventuradas» en esa materia, y no desdeñaba comunicarlas a la juventud estudiosa.

«Si yo tuviera treinta años y su figura, dijo Peñalver al enamorado Heredia, créame, joven, no respondería de las virtudes conyugales de muchas matronas chilenas. La audacia es gran condición; es preciso atreverse... el mundo es de los audaces. ¿Me entiende?»

Sí, entendemos; mas no comprendemos que, con semejantes teorías, el «Senador» se mantuviera firme en el camino de la delicadeza, en que raro es hallar a los audaces... Pero ya lo sabemos por boca de la linda Magda: «ese es un misterio...»

Otro filósofo hay en la novela y es el autor de la misma. Discípulo de Maupassant en varios momentos de su obra, L. Orrego Luco cesa de serlo cuando nos expone sus propias teorías filosóficas.

Maupassant era, como Flaubert, «ausente de su obra». Todos los críticos han notado las peculiaridades que distinguen a ambos maestros: el no dejar que se manifieste su presencia por la expresión de un juicio y el contentarse con el papel de los «biógrafos», dando paso y abriendo campo a los seres y a los acontecimientos, como hace la Naturaleza indiferente y fecunda.

El señor Orrego juzga y funda sus juicios en teorías discutibles.

Tomemos, por ejemplo, la teoría fundamental en que estriba la filosofía de su novela, teoría que asoma en varias páginas y cuya exposición más completa se halla en las páginas 81-82.

Según nuestro autor, «en el criterio social domina, de modo absoluto y sin contrapeso, particularmente en pueblos de raza latina y de origen español, la creencia en la libertad del criterio y de la acción humana, sin lazos atávicos de esos que ligan al hombre a lo pasado, con abuelos y parientes, por lazos misteriosos y ocultos. Y semejante manera de concebir al hombre como unidad aislada... es la manera uniforme de pensar de nuestras mujeres chilenas...», etc.

Dejemos a un lado la manera de pensar y preguntemos al señor Orrego el significado de sus proposiciones.

Lo que él llama «libertad de criterio y de acción» en contraposición con el atavismo, significa, sin duda, el «libre albedrío».

¿Cree, acaso, que yerran las mujeres chilenas cuando juzgan imperdonable la traición de un marido, fundándose en que, a pesar de sus abuelos, éste podía mantenerse fiel a sus deberes de esposo?

Ellas saben, como lo sabe por propia experiencia el mundo entero, que hay tendencias y caracteres heredados; pero saben igualmente que, salvo en casos de degeneración, todo hombre puede y debè reformar a éstos y resistir a aquéllas...

Saben igualmente que, con las teorías que las líneas citadas dejan entrever, no hay crimen que no tenga excusa, ni virtud que merezca alabanza.

Si somos esclavos de nuestros antepasados, la moralidad, la civilización, todo lo que da a nuestra vida su precio y su hermosura desaparece. Nos quedamos prisioneros de lo pasado... y de las circunstancias. «Una queja, un encuentro súbito, leves inflexiones de voz, habían decidido el porvenir de ambos...» (página 102). «La noche, los nervios, la temperatura, el calor de otra alma, los sonidos melódicos de un piano, las armonías y tonalidades quemantes de la voz humana» (página 34) he ahí algunas de las cadenas que, según el novelista, nos quitan la libertad del criterio y de la acción.

Però la verdad es que si aquello ejerce sobre nosotros tan eficaz tiranía, es porque nosotros libremente lo permitimos. La pregunta de Molière resuelve el caso: «Qu'allait-il faire dans cette galère?». Todo está en no embarcarse...

Mas, siendo este asunto de «lata» discusión, lo dejaremos para ocasión más propicia.

Veo al concluir que no he analizado la hermosa y triste historia de amor (y amores) que es *Casa Grande*; historia de fatalidades, diría el autor; de errores, pecados y crímenes, dirá una de esas mujeres chilenas cuya manera de pensar no es aceptada por el señor Orrego.

Ya no es tiempo de emprender ese análisis que, por otra

parte, ningún lector nos perdonaría; pues equivaldría a una vivisección o disección de un cuerpo vivo, es decir a quitarle a la deliciosa novela su novedad, movimiento y vida (1).

## II

### «CASA GRANDE» Y LA CRÍTICA

«On ne peut contenter tout le monde et son père».

Es imposible negar a *Casa Grande* el calificativo de interesante, y, para convencerse de ello, bastaría recordar que, de todas las novelas publicadas en Chile y por chilenos, ella es la que ha provocado más viva discusión en nuestro mundo intelectual y en la sociedad.

(1) Añadiré aquí el interesante y sustancioso resumen que de esta novela hizo el señor E. Astorquiza en un artículo en «La Unión» de Concepción. (Octubre 4 de 1908).

«Pero a fin de no hacer el papel desairado del que está hablando con un sordo, será necesario explicar a los lectores que no hayan leído la novela, de qué se trata en substancia.

Angel Heredia, joven perteneciente a una gran familia de Santiago, está enamorado de Gabriela Sandoval, de gran familia también. (Se trata de una novela aristocrática). Esta observación me ahorrará indicar el rango de los demás personajes a quienes tenga que nombrar. Pero a D. Leonidas, padre de la niña, no le gusta el mozo. Sus razones tiene. Gabriela, hija sumisa, se somete y ya no hay matrimonio.

No lo hay, por lo pronto. Pero he aquí que D. Leonidas muere. Con esto los amores de Angel y Gabriela se renuevan. Se casan. Es un matrimonio de gran resonancia en Santiago: los dos ricos, buena familia, buenos mozos, elegantes.

Según todas las apariencias, debía ser una pareja muy feliz. Sin embargo comienza el «desacuerdo». Cómo, cuándo, por qué, ni ellos mismos lo saben. (El novelista, por supuesto, lo sabe y lo explica bien). El hecho es que no se entienden. Esta desinteligencia es tanto más grave y profunda cuanto que, no sólo ignoran sus causas, sino que tampoco se manifiesta de una manera visible. En suma: son desgraciados, ya no se aman, ya no se quieren.

Un escándalo en que aparece mezclado Heredia con una artista del Municipal, ha hecho más honda la división. Gabriela se va de casa de su marido; va a vivir a la de su madre.

El presbítero señor Correa viene a ver a Angel y le dice que su mujer está muy herida; que al fin se reducirá, pero con el tiempo; y que, por lo pronto, lo mejor es un viaje a Europa. A su vuelta reanudarán su existencia más sólida, afianzada en las lecciones del pasado. Angel acepta el consejo y parte.

A los pocos meses vuelve. Su mujer lo espera. Parece que van a comenzar una nueva vida. Viendo a sus hijos, Angel «se sentía mejor, más sano de alma, comprendía unos horizontes nuevos y puros, dentro del deber y la familia» (t. II, 149). Esta bonanza dura poco. Comienza la misma desinteligencia de antes, agravada ahora con la sospecha de que su mujer lo engaña con Leopoldo Ruiz. Ha recibido anónimos en este sentido. En fin, una noche, al regresar de una comida de etiqueta, Angel (por cuyo cerebro había pasado varias veces; aunque vagamente, la idea de desembarazarse de su mujer), le hace una inyección de Digitalina con Atropina, en vez de hacerle una con morfina que ella le pedía. Gabriela muere».

«El señor Orrego Luco podía esperar mayor suma de alabanzas, pero difícilmente mayores y más intensas discusiones. Puede, como novelista, aplicarse el principio de Descartes: «Pienso; luego soy»; es decir: «Piensan en mí, puesto que me discuten: luego existo» (2).

No hacía falta *Casa Grande* para esta comprobación; pero la discusión que ha provocado demuestra con una claridad ya irresistible la existencia en Chile de un verdadero y real novelista chileno.

Por otra parte, si la novela y el novelista son interesantes, no lo son menos las críticas que éste y aquélla han provocado en nuestro «piccolo mondo moderno...».

De la lectura de los diez o doce artículos críticos publicados con ocasión de *Casa Grande* en la prensa santiaguina, hemos sacado algunas conclusiones que creemos oportuno comunicar a nuestros lectores.

La primera es que, en Santiago, al juzgar por las opiniones vertidas en aquellos artículos, no hay actualmente materia prima para una novela de costumbres.

Según algunos críticos, la vida que llevan hoy en día las familias aristocráticas, es mero trasunto de la vida europea. Tal es su carencia de originalidad y «cachet», que el describirla es condenarse a copiar malamente las obras y «la manera» de los novelistas franceses.

Esto significaría, sin duda, que aquella vida aristocrática debe clasificarse en el número de las cosas a que Don Quijote aplicaba el principio: «Peor es meneallo...».

Según otros, lo único digno de tentar la curiosidad de un novelista, es lo que nos queda aún de la vida colonial.

Parecen creer que algo queda de esa época original; algo, quiero decir, que sea característico de este pueblo y de esta aristocracia.

Pero nadie se digna decirnos cuáles son estas notas distintivas, cuáles esos residuos y resabios de antaño.

(2) Hubo, en verdad, algo más. Dice el señor Orrego, en su Historia (o defensa) de *Casa Grande*:

«Me llovían los ataques en pos de las alabanzas, me insultaban, me calumniaban, me formaban escenas en los bailes, y sentía en la atmósfera los signos que anunciaban escenas tempestuosas... Cuando el mundo se me desplomaba encima y sentía, cerca de mí, la angustia profunda del que se ve desconocido, no faltaron personajes respetables que me detuvieran en la calle, con palabras de aliento, a darme un apretón de manos.»  
«Mercurio». Julio 6 de 1909.

Esta «Defensa» fué ocasionada por una carta pública del Sr. R. Huneeus.

A la verdad, podría un novelista dedicarse a pintarnos la vida colonial de Chile así como Walter Scott nos pinta la vida medioeval europea, y, particularmente, la inglesa. Pero no reparan estos críticos en que, hoy por hoy, la novela histórica es muy desacreditada. No ven que el público busca realidades o, como dicen los italianos, «verismo», es decir, cosas vividas tanto por el lector como por el escritor.

No es preciso tener el sentido crítico muy aguzado, para sospechar que la novela histórica no es ni novela ni historia...

Esto es, además, fácilmente averiguable, ya que tenemos a mano novelas de esa clase (y novelas chilenas) cuya característica consiste en carecer tanto del elemento histórico como del novelesco.

Querer, pues, obligar a un hombre de talento, como es el señor Orrego Luco, a pintarnos la vida colonial que él no ha conocido, es exigirle un anacronismo. Pídasele enhorabuena un libro de historia verdadera, como son los de Houssaye sobre los últimos años del imperio de Napoleón, o como los de Massón sobre el gran Emperador. Sus dotes descriptivas, su poder imaginativo tendrán allí en qué ejercitarse, y veremos resucitar los viejos Presidentes, los oidores, los conquistadores del principio y los libertadores del fin de la época colonial.

Falta únicamente saber si los historiadores, al tratar de esos tiempos y de esos hombres, no han hecho lo del caballo de Mahoma, que esterilizaba el suelo con el simple contacto de su uña.

Otros críticos reprochan al señor Orrego el haber imitado a Maupassant y copiado de la realidad chilena contemporánea ciertos tipos como el «senador» Peñalver, el corredor de comercio Vanard, y el reverendo «señor Correa».

Sobre esto se acude a consideraciones elevadísimas y se llega a negar que el novelista tenga el derecho de fotografiar seres reales y personajes conocidos (3).

Háblase, a propósito de Vanard, de la paz del sepulcro, etc., etc...

(3) Dice, sin embargo, el Sr. Orrego en la citada carta: «*Casa Grande* no es la novela en clave que ha creído leer una parte del público por cierta mixtificación bien fácil de explicar; no se refiere a cierta dolorosa tragedia... y sus personajes, si bien reales, son enteramente diversos de lo que se comenta sottovoce...».

Esto, empero, no impide que, en mi opinión, los personajes de esta novela sean más reales que la realidad misma.



Pero no se tiene en cuenta que el autor de *Casa Grande* no ha hecho más que imitar modelos clásicos y ejercitar un derecho universalmente reconocido en todas las literaturas contemporáneas.

Fácil sería demostrar que, en Francia, por ejemplo, no hay novelista de primer orden que no haya fotografiado algunos Peñalveres, Vanards, o Correas de su tierra.

Fácil sería igualmente contestar a la objeción que se nos haría a este propósito. Diríase, sin duda, que en materia de novelas, Francia no es siempre digna de imitación.

Pero, diríamos nosotros que si A. Daudet, al pintar su «Académico», y L. Daudet, sus «Mortícolas»; si Bourget y otros, al describirnos del natural tipos aristocráticos o burgueses, conocidísimos en París, han procedido con ligereza y laxitud francesa, es natural que busquemos modelos en Inglaterra, país de rigidez moral y de novelas siempre ajustadas a los diez mandamientos de la ley de Dios (4).

(4) Me agradecerá el lector una nueva cita de

la *Historia de «Casa Grande»*.

«Alguna de las Manuelitas Vásquez, de nuestra pequeña metrópolis, se creyó herida, pidió a una amiga su coche prestado, y se echó a la calle clamando venganza y diciendo a gritos en todos los salones, que era la novela una relación de cierto doloroso episodio real. Alguna «Magda», con igual ligereza o tal vez mayor, creyó verse pintada ella sola, haciéndose otra gira de visitas de protesta; y algunos amigos imprudentes acudieron, en mi contra, a la columna de los diarios. Movieronse los amigos y las familias con tal tino que a poco, y sin mucho esfuerzo, hasta los más reacios vinieron a convencerse de la efectividad de la leyenda improvisada por la chismografía y convirtieron, con la imaginación, en gigantes a los molinos de viento y en ejércitos a las manadas de carneros.

«Ayudaban a esa acción perturbadora la innegable realidad de algunas anécdotas, de muchas frases y de no pocos perfiles cogidos del medio ambiente. Al reproducirlos, como elementos artísticos de verdad, quedé muy lejos de lo que hacen los grandes escritores, no sólo en la factura misma, sino en la completa reproducción de los modelos. Daudet en *Numa Roumestan*, pintó a Gambetta; en el duque de Mora, al de Morny; en Felicia Ruyz, a Sara Bernhardt; en Monpavon, al Marqués de Massa. Benjamín Disraeli ha retratado en sus novelas a Peel, a Lord Grey, a Palmerston, a Lady Avondale y a casi toda la alta sociedad inglesa de su tiempo. Thackeray hizo lo mismo en sus novelas. Acaba de hacerlo María Corelli, en otra novela ruidosa, como el Padre Coloma en *Pequeñeces*. . . Lo mismo hizo Guy de Maupassant, y también Pablo Bourget. En el baile dado en Cannes por la princesa del *Idilio Trágico*, aparecen, entre otros personajes claramente pintados, el coronel Marchand, explorador africano, y el propio Guy de Maupassant.

«Bastaron algunos perfiles verdaderos y algunas escenas reales, para dar a *Casa Grande* tal vibración de vida que muchos creyeron ver cosas que yo no había pintado, y la maledicencia completó la obra de perturbación horrible y para mí desesperante.

«Mientras se desencadenaba en contra mía una tempestad social, cuando todos se creían aludidos, dándose nombres de personas a quienes no conozco ni de vista, y hasta cuya existencia ignoraba, pues era de moda creerse retratado en *Casa Grande*; cuando se desconocía en absoluto mis propósitos y mis ideas; cuando una parte de la prensa me asaltaba, surgió de repente otro peligro. Mi libro se convertía en cuestión religiosa. Ciertos respetables sacerdotes, cuyos méritos y virtudes soy el primero en

Si, en efecto, tomamos uno de los novelistas ingleses más conocidos que, además de escritor, fué uno de los grandes políticos del siglo pasado: a Disraeli, conocido bajo el título de Lord Beaconsfield, tendremos un escritor que no pintaba sino personajes de carne y hueso y tan vivos que la misma Reina Victoria les ponía el verdadero nombre que llevaban en la realidad de la vida aristocrática.

Así, por ejemplo, el Lord Cadurcis de *Venetia*, es Lord Byron; Lord Henry Sidney en *Coningsby*, es Lord John Manners; el cardenal Grandison de *Lothair*, es el cardenal Manning; el duque que aparece en esta última novela es el duque de Abercorn; el marido de Myra, en *Endimión*, es Napoleón III... etc.... etc....

Sí, pues, es admisible que Disraeli apunte su aparato fo-

reconocer, pero cuya infalibilidad tengo el derecho de discutir, encontraron que mi obra era inmoral y contraria a los principios de la Iglesia. La prensa católica se aprestó a combatirla y recibí la notificación en una carta hidalga y franca del Director de «La Unión», el hábil y distinguido periodista señor A. Cariola. A vuelta de algunas alabanzas generosas, y acaso excesivas, a la parte literaria, colocándola junto a las mejores novelas de América, me decía: «Qué interesante, mejor dicho, qué emocionante!...».

«Perdone, mi estimado amigo, que lo diga con ruda franqueza... Su obra, para quién, prescindiendo de las exterioridades, la juzgue a fondo, es una tremenda diatriba contra el matrimonio indisoluble, es decir contra el matrimonio cristiano. Deja la lectura de *Casa Grande* un fondo tal de amargura en el alma, excepticismo de la vida, que da ganas de huir hasta de su recuerdo.

«Su novela va a merecer los más entusiastas elogios del mundo literario, de ese mundo que poco se preocupa de lo moral, y para el cual el arte es el todo. Pero entre los nuestros, entre los católicos de Chile, levantará una tempestad y merecida, porque usted ataca nada menos que el sacramento base de la familia y de la sociedad cristiana.

«Cuán grato hubiera sido para mí que «La Unión» hiciera coro a las alabanzas tributadas a su libro. Veo, sin embargo, que ello no será posible...».

«En efecto, luego apareció una serie de artículos en que se demolía *Casa Grande*, negándosele el agua y el fuego. Guardé silencio, profundo silencio, en los momentos en que me asaltaban de todas partes convirtiendo mi persona en blanco de todo género de ataques y casi transformando mi modesto libro en cuestión religiosa, en ariete social que planteaba en Chile, por primera vez, la cuestión del «divorcio». Dijeron otros que era un libro de escándalo y de negocio, cuando no podían ignorar que se ha vendido a «precio de costo», sobre poco más o menos. Nadie me sacó de mi silencio; no pedía cuartel, ni trataba de explicar mis intenciones. El libro debía defenderse sólo y en esa hora de prueba, de ataques despiadados y sin ejemplo en Chile, debía yo hacer la defensa interior y callada de la palabra evangélica: «No vacilemos... arriba Dios nos ve y nos juzga...».

«Pasará el tiempo, se calmarán los nervios de los que tengan algo de razonables y tranquilos. Muchos permanecerán siendo injustos; acaso algunos mirarán con odio, ninguno con indiferencia, al autor y al libro de *Casa Grande*. Pero estoy seguro de que pocos, en Chile, podrán olvidarse del grito de agonía, de la emoción muy honda que brotan por sí solos de las páginas del libro y que corresponden a un estado de alma.

«Y algunos meditarán sobre los problemas hondos y graves que comienzan a diseñarse en nuestra sociedad y en nuestra vida. Son semillas arrojadas al surco. Germinarán en su día—en un día de verdad y de justicia».

tográfico sobre hombres como los nombrados, no vemos por qué razón pecaría el señor Orrego retratando del natural a los tres tipos antes designados.

Es indudable que en esto, como en todo uso de un derecho, hay límites que merecen respeto; pero dentro de esos límites que son la decencia y la justicia, el novelista puede y aun debe copiar todos los personajes que, en grado apropiado, sirven para representar un país, una época o un momento determinado.

Al hacerlo, y sean cuales fueren los cuidados y restricciones que se imponga, el escritor no logrará aprobación universal. Bastará, sin embargo, para su consuelo y satisfacción, el haber dado vida, y vida permanente, a tipos que, sin él, no dejarían rastro visible en la historia (5).

En esto sucede lo que La Fontaine describió en su fábula del «Molinero, su hijo y el asno»: «On ne peut contenter tout le monde et son père...».

### III

#### CARTA A UN CRÍTICO DE «CASA GRANDE»

He leído, señor, una y otra vez los considerandos del fallo que usted pronuncia sobre *Casa Grande*, y encuentro en ellos los elementos de mi justificación.

Complácese usted en reconocer el talento del señor Orrego y en suavizar sus críticas, admitiendo que *Casa Grande* «em-  
« pieza con excelentes descripciones de algunas costumbres y  
« de algunos tipos nacionales». Prosiguiendo y dando pormenores, dice usted: «La escena en la Alameda, la muerte de don  
« Leonidas y el luto de las Sandoval, son cuadros de mucha  
« observación y de verdadero mérito. Hay que elogiar también  
« la descripción de Granada, si bien esa descripción encuadra  
« tanto en la historia de Heredia como si dijéramos en la his-

(5) Creo que, antes de muchos años, este libro será el mejor documento histórico que tengamos sobre la vida social chilena en los años 1900-1908. Todo historiador lo tomará en cuenta y entonces se verá cuán importante es *Casa Grande*.

«toria de don Bernardo O'Higgins. Ese capítulo es tan bello como postizo» (6).

A estas alabanzas agregaría yo algunas más si no fuera por el temor de repetir lo que en otros artículos he dicho ya varias veces.

Es, pues, cierto, mi distinguido señor, que *Casa Grande* no carece de valor literario y, por tanto, si atendiendo a sus diversos méritos creí poder alabarla, estimo no haber procedido sin fundadas razones.

Considerándola en conjunto y aplicándole el criterio de Jorge Sand, digo que ella me «sedujo» (es decir, me interesó en alto grado), y que además me «conmovió», poniéndome en presencia de la ruina paulatinamente creciente de un hogar. No me «consoló», pero, ¿cuál es la novela que pueda de veras consolarnos, si en ella sólo se refleja la realidad...?

He leído últimamente el hermoso libro de J. Merlandt sobre *La Novela Personal, desde Rousseau hasta Frómentin* (7) y he podido ver, en las reseñas de todas las novelas francesas escritas desde 1750 hasta 1853, que el elemento consolador falta tanto en la ficción como en la realidad de la vida.

Si, como usted lo reconoce, el pesimismo domina en la literatura actual chilena, es probablemente porque las condiciones morales de la sociedad no permiten soñar con arco iris ni con rosados optimismos.

No es extraño, por consiguiente, ni es, en mi sentir, censurable que la novela de Orrego Luco deje al lector una sensación de amargura y desconsuelo.

Repito, mi distinguido señor, que viviendo, como el Silvestre Bonnard de Anatole France, recluso en la «Cité des livres», no puedo juzgar de la absoluta exactitud fotográfica o pictorial de la novela que nos ocupa. Juzgo, «á priori», y por tanto puedo y temo errar. Pero hay algo que me anima a sacudir parte siquiera de mi temor...

Cuando, en *Casa Grande*, encontré al senador Peñalver

(6) En este último punto opino exactamente del mismo modo. Pero el señor Orrego podría vindicarse del reproche de «posticidad» (perdónese me el neologismo) aduciendo precedentes de gran peso sacados del *Quijote*, de la *Divina Comedia* y de un sinnúmero de novelas reputadas como obras maestras... Esa «posticidad» se perdonará siempre que vaya unida con la belleza.

(7) Publicada en París, Hachette et Cia. 1905, libro importantísimo.

y reconocí en él a un hombre cuya «conversión» me fué en cierta ocasión encomendada por una de las más distinguidas y venerables señoras de la sociedad santiaguina (8), paré la oreja y pensé que Orrego Luco podía ser un buen pintor de la misma sociedad... Avanzando en la lectura yo, aunque ermitaño, reconocí algunos tipos más y me vi obligado a creer que *Casa Grande* era un edificio construído con trozos de realidad.

Estas son mis excusas...

Volviendo a los argumentos de usted, confesaré, mi distinguido señor, que ellos me impresionan sin convertirme. Diré de ello lo que Hume dijo de los del obispo y filósofo Berkeley: «Sus razones son sin réplica, pero no me convencen...».

Conocedor de la sociedad santiaguina, usted puede, con un derecho que yo no tengo, calificar la exactitud de las pinturas que de ella trazan nuestros novelistas. Esto admito, así como me complazco en admitir la absoluta sinceridad y altura de miras de sus críticas.

Pero... no me rindo!... En estas materias en que, bien lo queramos o no, impera el subjetivismo, el crítico que se dejó «seducir» por una obra literaria, puede decir a los que no comparten su admiración, lo que Palmerston dijo un día a uno de sus amigos que de repente se le había tornado reacio e incon vencible: «Well, since it is so, we must agree to differ...» (9).

Al concluir expresaré a usted, mi distinguido señor, todo el placer que he experimentado en la lectura de su interesantísima carta.

Considérola como un síntoma y un ejemplo. Sí, en efecto, entre nuestros literatos, algunos, con la preparación y el talento de que hay tan preclaras pruebas en la carta de usted, se dignarán a veces terciar en nuestras discusiones críticas, la li-

(8) En homenaje a la verdad, debo agregar, que el Senador resultó ser «un gros et dur morceau...» y que su «conversión» superó mis escasas fuerzas. Por poco no me convirtió en admirador de su oportunismo. ¡Cosas de antaño...!

(9) Espero que el señor Orrego Luco saldrá, por fin, a campaar por su *Casa Grande*... Entonces, sí, sabremos a qué atenernos y leemos algo que merecerá llamarse un alegato «pro domo sua...» (20 de Junio).

(Ya ha visto el lector, en las citas hechas más arriba, que el señor Orrego ha publicado aquel alegato. Es fama de que muchos de sus críticos se han declarado vencidos y convencidos por tan brillante defensa).

teratura nacional ganaría inmensamente. Por desgracia prefieren los más encerrarse, como Vigny, en su «tour d'ivoire...». Quiera Dios que la intervención de usted sea la primera de una larga y valiosa serie!...

Soy de usted, mi distinguido señor (\*), Atto. y S. S.

OMER EMETH.

(\*) Carta de don Emilio Vaisse al señor Roberto Huneus, quien publicó en «El Mercurio» una, abierta, que contenía ataque a *Casa Grande*. (Junio 20 de 1909).

Los estudios de Omer Emeth sobre *Casa Grande* fueron publicados primeramente en «El Mercurio» de Santiago y reproducidos en el libro *La Vida Literaria en Chile*. (N. de la D.).



DON LUIS ORREGO LUCO

(ROMA, 1892)